

que montaba don Juan. Los dos amigos dirigieron entonces la vista para ver qué causa motivaba el recelo de sus caballos. Los ojos de ambos se fijaron en el bosque. Entonces vieron moverse la maleza que crecía entre los árboles. Y los dos iban a echar mano a sus armas, cuando vieron salir de repente de la espesura a Willey y los suyos. Una descarga seguida del quejido de un moribundo se escuchó a poco. A esa descarga y a ese quejido se siguió el precipitado galopar de los caballos de Willey y de sus soldados que volvían a su campo. Un silencio profundo reinó después. ¿Qué había pasado?

### CAPITULO XXX

#### La madre y la hija

Eran las dos de la tarde del 9 de agosto de 1847. Dos mujeres, hermosas como la esperanza y la fe, se encontraban en una de las casas del barrio de la Palma. Eran Amalia y Luz que se consideraban los seres más felices de la tierra, desde la noche en que la segunda fué arrancada del poder del infame Willey.

La humilde habitación de la bella maestra se había convertido, para las dos, en una mansión de verdaderas delicias, porque mansión de verdaderas delicias es, sin duda, aquella en que reside el amor correspondido, y Amalia y Luz se embriagaban en ese amor puro, dulce y desinteresado, que existe en el corazón de una excelente madre para con su querida hija, y en el alma de ésta para el tierno sér a quien debe la vida. Querer, pues, describir las caricias, las palabras cariñosas, las protestas de amor, los suspiros, los abrazos, los besos y las lágrimas que se cruzaron entre aquellos dos felices seres, desde el instante que se descorrió el velo del pasado, sería profanar los sentimientos más íntimos y delicados, los afectos más dulces y tiernos del corazón.

Amalia era feliz cuanto puede ser la más amorosa de las madres, cuando se encuentra al hijo adorado que lloraba perdido. Luz, cautiva por la ternura, la belleza, los sentimientos hidalgos de la mujer a quien debía, primero la vida y después la honra, que había estado próxima a perder para siempre, estaba orgullosa de poder dar el nombre de madre al hechicero sér que en su melifluo acento, en la mirada de sus serenos ojos, en sus delicadas expre-

siones y en su belleza, revelaba el corazón de un ángel. Pero no por esto se olvidó de los seres que le habían cuidado desde la niñez. Había sabido por Amalia que se habían ausentado de México durante su prisión y ambas resolvieron continuar indagando el lugar en que estaban para escribirles cuanto había pasado. Sólo faltaba, pues, que la felicidad de Luz fuese completa, la vuelta de su amante Rafael, de quien no había vuelto a tener noticia desde la desgraciada acción de Cerro Gordo. Después de este lamentable revés, Santa-Anna había hecho reconcentrar todas sus fuerzas en la capital. Luz temió por la vida de su amante al no verle llegar con ninguno de los cuerpos. ¿Qué había pasado?

La afligida joven preguntó; pero nadie de los que llegaban le supo dar razón de él. Le habían visto en la retirada quedarse muy atrás con don Juan; pero ignoraba si habían perecido, o si se había quedado en San Martín, como médico de uno de los cuerpos que estaban en observación de los movimientos de los invasores. Esto tenía en continuo sobresalto a la hermosa Luz. Había oído hablar de una emboscada puesta por los norte-americanos para apoderarse de algunos oficiales que se habían quedado muy atrás en la retaguardia; pero ignoraba, como lo ignoraban los mismos que lo contaban, que el oficial norte-americano que había dispuesto aquella celada era Willey, y que los individuos a quien se propuso sorprender eran Rafael y don Juan.

—Nada temas, hija mía —le decía Amalia en los instantes en que nos halla esta historia—. Estoy segura de que Rafael se encuentra en la división de San Martín, y que lo tendremos aquí dentro de pocos días.

—¡Dios lo quiera! Pero si es cierto que vive, ¿cómo se explica ese silencio, guardado desde la sangrienta acción de Cerro Gordo, y en los instantes en que me debe considerar más cuidadosa?

—Tal vez hayan sido interceptadas sus cartas por alguna guerrilla enemiga—contestó Amalia, tratando de consolar a su hija, aunque ella participaba de sus mismos temores.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

La joven iba a exponer las razones que tenía para creer como imposible que hubiesen sido interceptadas las cartas por el enemigo, cuando se oyó el estampido de un cañón, disparado en la Plaza de Armas. Era la señal convenida.

para que los cuerpos de nacionales y del ejército se presentasen en sus cuarteles con las armas en la mano. Amalia y Luz sabían, como todo México, aquella disposición; pero a pesar de eso temblaron y palidecieron. A la detonación de la pieza de artillería, siguió el toque de generala; y poco después, las músicas de los cuerpos que habían estado reunidas en la plaza, partieron por las calles tocando marchas y dianas, seguidas de un inmenso pueblo, entusiasta y dispuesto a combatir. Los vivas a la nación, y los mueras a los yanques, eran los gritos únicos que resonaban por todas partes. El ejército se puso en un instante sobre las armas, y los batallones de nacionales, Victoria, Hidalgo, Bravo, Independencia, Mina y otros, se encontraron a poco formados en sus respectivos cuarteles, dispuestos a salir. Se sabía positivamente que desde el día 7 de agosto empezaron a salir de Puebla, dejando allí una corta guarnición, las divisiones de Twiggs, Quitman, Worth y Pilow, y todos anhelaban el momento de combatir con ellas.

México presentaba en esos instantes un aspecto de fuerza y vigor que hacía presentir que el triunfo de la justicia le asistía en aquella lucha. Las calles estaban llenas de gente que corría a las armas, y de curiosos que preguntaban la distancia a que se hallaban los norte-americanos. Las puertas de las casas, los balcones, las azoteas y las ventanas, se veían cubiertos de señoras, de niños y de ancianos, que, no pudiendo ir a empuñar una espada o un fusil, animaban con sus palabras a los que se disponían al combate. En estos momentos de animación y de entusiasmo en que todo el mundo se entregaba a las más lisonjeras esperanzas, sólo había dos seres que permanecían quietos en su estancia, sin tomar parte en la alegría general. Y estos dos seres eran Luz y Amalia. La primera, no podía desechar de su imaginación la triste idea de que alguna fatal desgracia le había sobrevenido a Rafael para privarle de sus cartas; y la segunda, participando del mismo temor, sufría porque veía padecer a la hija de sus entrañas.

De repente, oyeron ruido de pasos en el patio, de alguno que se acercaba a la habitación en que estaban. Amalia volvió la cabeza, fijó la vista en la persona que se dejó ver en aquel momento en la puerta de la sala, y exclamó:

—¿Hay nuevas de Rafael, señor Núñez?

Este iba vestido con el uniforme de oficial de caballería de nacionales y exclamó:

—Ninguna, hermosa Amalia: he preguntado a todos, y

nadie me ha sabido dar razón, ni de él ni de don Juan.

—¡Lo ve usted, madre mía! —exclamó Luz afligida—. ¡Sin duda fué de los que sucumbieron en la acción de Cerro Gordo!

—¡Oh!, yo abrigo aún las esperanzas de que le volveremos a ver.

—¡Mi corazón ha perdido ya esa esperanza! —dijo la hermosa Luz, sintiendo agolparse a sus ojos las lágrimas—. ¡Su prolongado silencio me anuncia que sucumbió para siempre!

—Eso es imposible —dijo Núñez con un acento de convicción profunda—. Dios, que ha destruído felizmente todos los obstáculos presentados por ese hombre, no dejará, estoy seguro, sin terminar su obra, castigando al culpable y premiando la virtud. Yo salí en su persecución la noche en que desapareció de México; pero me llevaba varias horas de ventaja, y tuve que volver sin darle alcance. Pero hoy que el invasor se acerca, hoy que Willey, unido a los enemigos de nuestra patria, viene sediento de sangre y de rapiña, se encontrará en su camino con la hoja de mi espada, y le obligaré con ella a que me confie dónde tiene a Adela, y a que me entregue a Rafael y a don Juan, a quienes sin duda tiene prisioneros.

—¡Ah!, las palabras de usted hacen revivir mi muerta esperanza —exclamó la hermosa Luz.

—¡Oh!, estoy seguro de que el corazón no me engaña. Pero ¿qué miro? —dijo Núñez asombrado, y fijando de repente los ojos en el medallón que Luz dió a Duval, y que éste devolvió a la joven cuando cayó herido, y que la joven llevaba en aquel momento colgado en el cuello—. ¿Quién le ha dado a usted ese medallón?

—¿Lo ignora usted?

—¡Oh!, responda usted, por piedad, hermosa Luz: ¿quién le ha dado a usted ese medallón?

—Duval.

—¡Duval!

—Sin duda. Pero ¿por qué se asombra usted?

—Porque...

Y Núñez estaba pálido y temblando.

—Acabe usted.

—A ver —y el joven se acercó con ansiedad a examinarlo—. ¡Ah! ¡no es ella! —exclamó después de un instante.

—¡Cómo! ¿qué quiere usted decir? —exclamó agitada a su vez Amalia.

—Este tiene el nombre de Luz, y el que ella lleva...

—¡Qué! Acabe usted...—dijo Amalia cada vez más sobresaltada.

—Tiene el suyo.

—¿Cuál?

—El nombre de Adela.

—¡Adela...! —dijo conmovida y fuera de sí la preceptora—. ¿Y dice usted que es igual a éste su medallón?

—En un todo, menos el nombre.

—¡Dios mío!—dijo Amalia palideciendo.

—Pero ¿qué tiene usted?—preguntó Núñez a su vez, notando la repentina mutación que se operó en el semblante de la preceptora.

—¿Qué he de tener? —contestó inquieta y afligida—: que la joven que tiene ese medallón..., la mujer que usted ama..., la que gime en poder de ese malvado Willey, es...

—¿Quién?

—¡Mi hija!

—¡Mi hermana!—exclamó Luz, sorprendida.

—¡Qué escucho!—dijo Núñez no menos admirado.

—Sí; yo solamente le había contado el encuentro de mi hija; pero no la circunstancia del medallón. Pero Adela, la infeliz Adela, es la otra hija de mi corazón, cuyo paradero ignoraba.

—Pues pronto, se lo juro a usted —exclamó Núñez con fe ardiente—, le estrecharé usted en sus brazos, y habré arrancado la vida a un infame perseguidor. Adiós, el toque de corneta me llama a reunirme a mis compañeros: tenga usted confianza en el buen éxito de la justa causa que defendemos.

—¿Sale usted también?—le preguntó Amalia.

—Dentro de un instante, así como mi amigo Leopoldo, de quien ya otras veces he tenido el gusto de hablar a usted, y que ha suspendido su enlace hasta que termine la campaña.

—¡Dios quiera —exclamó la hermosa Luz afligida— que no pierda la vida en un encuentro, como la ha perdido, sin duda, el sér que animaba la mía, y que no vea Clotilde desaparecer su ventura en los instantes en que soñaba realizar sus miríficos ensueños como soñé yo, para despertar en el llanto y el dolor!

Y la tierna joven se llevó el pañuelo a los ojos para enjugarse el llanto. Amalia la estrechó enternecida contra su corazón. Los gritos de ¡viva México!, ¡mueran los yanques!, y las músicas militares que pasaban por la calle

tocando alegres piezas, volvieron a escucharse en aquel instante.

—¡Adiós! —dijo Núñez al llegar a su oído los ecos de la música—. Esa es la señal para que volemos a nuestros cuarteles, y marchar en seguida en busca del enemigo, que ha salido de Puebla, y avanza sobre esta capital.

Y el valiente joven, lleno de entusiasmo, de enojo contra el vil doctor, y ardiendo en deseos de medir con él sus armas en el campo de batalla, se ausentó para irse a unir con sus bravos compañeros. Amalia quedó sorprendida con aquel descubrimiento. Luz, conmovida también, se arrojó en los brazos de su amorosa madre, exclamando:

—El cielo le devuelva a usted sus dos hijas, y a nosotras una madre como no hay otra en el mundo, cuyo amor es el único bien que me queda en la tierra, si por desgracia ha muerto Rafael.

Y Luz y Amalia quedaron abrazadas un corto instante, mezclando sus suspiros y sus lágrimas de amor y de placer. Poco después, ambas caían de rodillas pidiendo a Dios les permitiese estrechar pronto a Adela contra su corazón, y por la vuelta de Rafael.

## CAPITULO XXXI

### Defensa de Churubusco

La suerte se mantenía contraria a los destinos de México. La justicia y el valor no habían podido lograr que la fortuna se asociase un sólo instante a ellos. En aquella guerra, una de las más dignas que han sostenido los mexicanos, como son todas aquéllas donde se trata de defender la independencia del país en que se ha visto la luz primera del sol, no fué necesario que el gobierno impusiese penas, ni recurriese a la fuerza para formar ejércitos. Los comerciantes, los artesanos, los literatos, los artistas, los labradores, los hacendados, los estudiantes, los empleados, los ricos y los pobres, todos acudieron voluntariamente a tomar las armas en defensa de la patria invadida. No había un sólo mexicano que no se aprestase al combate, resuelto a morir antes que recibir la ley del invasor.

A mí, que hacía poco que acababa de llegar de España, me tocó presenciar aquellas escenas de heroísmo, de abnegación y de desprendimiento en que rivalizaban los me-